

El río Magdalena y sus avatares

Jairo Tocancipá-Falla

Universidad del Cauca, Colombia ✉

Gauri Salunkhe

Estudiante Maestría en Tecnología Sustentable, KTH, Suecia ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/raso.101944>

Davis, Wade (2021). *Magdalena. Historias de Colombia*. Traducción: Felipe Botero Quintana y Patricia Torres Londoño. Bogotá: Crítica

No es una sorpresa que alguien escriba sobre el río Magdalena, especialmente en un país como Colombia donde recurrentemente se habla de biodiversidad, riqueza hídrica y música, pero también de violencia y narcotráfico. Lo que llama la atención es que el recorrido por el río más importante del país en sus casi 1.500 kilómetros sea un medio para contar y recordar múltiples historias que tributan a lo largo del viaje. Esta parece ser la apuesta del antropólogo y biólogo Wade Davis, quien en esta segunda entrega —recordemos su primer volumen “El Río”— decide iniciar la aventura por distintos medios, a caballo, en vehículo, canoa o chalupa, para contar en un recorrido singular la historia del país. Podría afirmarse que el trabajo de Davis ejemplifica lo que hoy llamaríamos la experiencia de un viajero contemporáneo que, a diferencia de aquellos del siglo XIX, tiene al servicio la tecnología, las buenas relaciones políticas y la academia acumulada para dar cuenta de las problemáticas, pasadas y presentes, del Río Grande de la Magdalena o “el río de la vida”.

Magdalena. Historias de Colombia es un texto sofisticado y erudito que combina habilidades académicas investigativas desplegadas por el autor en la consulta de documentos históricos que sumado a un relato de los encuentros y anécdotas de personajes destacados unos en términos políticos, otros menos, busca despertar una mayor consciencia de la problemática que revela el río Magdalena en las últimas décadas.

Quizás esta es su principal apuesta: pensar el río como un ser vivo que le da sentido a la configuración de la nación y “el sentir colombiano” pero que ingratamente lo hemos convertido a lo largo de las dos últimas centurias en el depositario de las miserias que cargamos con los odios, la violencia, la injusticia, los desechos humanos y la negligencia de una clase dirigente que se ufana de ilustrada cuando los hechos demuestran lo contrario.

La estructura del texto, se basa en la división que nos enseña la geografía y la ecología sobre las fuentes hídricas, parte alta, media y baja, lo que sirve de guía para iniciar el recorrido recordando algunos problemas pasados aparentemente menos opresivos hacia un presente más convulsionado por la violencia y la presión por los recursos, con algunas narrativas esperanzadoras.

Previamente al inicio del texto presenta un mapa de Colombia, el prefacio donde expresa su cariño y admiración por la resiliencia de los colombianos frente a la violencia histórica, y una sección denominada Bocas de ceniza —desembocadura al norte del país— donde evoca y justifica el recorrido con las autoridades ancestrales, los mamos arhuacos, en la Sierra Nevada de Santa Marta en el norte del país, y quienes le recuerdan el valor del agua y su fluidez, a lo largo del país de Sur a Norte. El final del texto cierra con un epílogo, agradecimientos y un aparente ensayo bibliográfico cruzado con diálogos con un expresidente para luego retornar a las principales temáticas tratadas con la bibliografía especializada.

La primera parte, El Alto Magdalena (p. 45-168), documentada con un mapa, registros académicos y observaciones en el recorrido, se focaliza en los orígenes del río, pero asociado a la historia también de los pueblos aborígenes que habitaron su macro cuenca. El recorrido inicia acompañado con William Vargas, un botánico destacado que ha hecho contribuciones sobresalientes en el conocimiento de la biodiversidad. El inicio de la jornada se da con el ascenso a la gran subregión del Macizo colombiano donde nace en la laguna que lleva su nombre. A partir de allí, el recorrido hídrico no es solo geográfico sino también histórico donde se alude a reportes y crónicas de arqueólogos, historiadores, antropólogos, geógrafos y cronistas. El paso por San Agustín, y tratar de comprender su posición estratégica con respecto a las fuentes hídricas, y sus conexiones con la Amazonía, empiezan a marcar la ruta descendente hacia el norte en el valle de las tristezas en el departamento del Huila. La llegada a San Agustín es reveladora en la medida que los vestigios arqueológicos reafirman la importancia que le concedieron los pueblos ancestrales al río con una visión integrada y relacional con el territorio. La entrada al Valle de las Tristezas como lo llamaron los colonizadores

españoles al valle interandino por donde surca el Magdalena, es relatada en diálogo con William y alternando con las observaciones logradas en el recorrido, para llegar a una conclusión junto a literatos destacados como José Eustacio Rivera: el río más que un escenario, medio o recurso, es un personaje: “es una entidad viva cuyo destino está indisolublemente ligado al de todas las personas afectadas o influenciadas por él” (p. 115). El viaje continúa hacia Girardot y Honda donde empiezan a reportarse las descargas contaminantes de las grandes ciudades, especialmente del río Bogotá cuando tributa al Magdalena a la altura de Girardot.

La parte Alta del Magdalena termina con “El milagro de Murillo”, alusión a este poblado anclado en el pie de monte del volcán del Ruiz donde a través de diálogos y encuentros con Héctor Botero, ganadero paisa, y Adelfa Pineda Ibañez, madre de nueve hijos, recapitula la violencia partidista de Colombia desde la muerte de Gaitán el 9 de abril de 1948.

La segunda parte, el Medio Magdalena (p. 169-310), además del mapa consta de seis secciones: La tierra del olvido, La ciudad de la eterna primavera, Caldera de guerra, Hermanas de la Caridad, Los muertos anónimos y Morita de los manatíes. Aquí describe el proceso histórico mediante el cual el Río Magdalena en su parte media, que se extiende por más de 560 kilómetros desde Honda (Tolima) hasta el Banco (Magdalena), se evoca a través de la historia de la navegación —más de setenta embarcaciones surcaban el río Magdalena en 1890—, las consecuencias ambientales devastadores de bosques de galería, la fundación de pueblos, y la encarnación de dicha historia a través de varios personajes, y en particular de don Juan Guillermo Garcés, un hijo de un hacendado ganadero que cambiaría la mirada de abrir potrero por otra más conservacionista a orillas del río Claro (Antioquia) donde constituyeron una reserva natural, Samaná. La visita a Medellín, y el diálogo con personalidades ilustres para mostrar el renacimiento de la ciudad es una apología urbana que no conecta mucho con la historia del río. Luego en la sección Hermanas de la Caridad, se revela la narrativa de la violencia perpetrada por grupos ilegales a través de dos conversaciones con dos mujeres que desde la infancia recuerdan las vicisitudes de la vida en Puerto Triunfo (Antioquia). La última sección del Magdalena Medio, Morita de los Manatíes, se refiere a un líder conocido en Puerto Wilches, José Manuel Zapata, quien a través de un evento permitió rescatar a los manatíes en la ciénaga de Paredes ganándose la reputación de ser un defensor de esta especie; a la par de liderar un proceso que lo llevó a confrontar a los guerrilleros haciendo valer el sentido común del respeto por el otro.

La última parte del libro, Bajo Magdalena (p. 311-439), además del mapa comprende cinco secciones: El río de la cumbia, la tierra de los mil ritmos, la gran república de la naturaleza, el general en su laberinto y la geografía de la esperanza. Si es posible compactar esta parte del libro con palabras claves serían: historia, identidad, presencia afro, literatura, y música. El río es el inspirador de los ritmos y por lo tanto su gestor natural. En el río de la cumbia se resalta el valor de la presencia de los aborígenes y los africanos en interacción con el río:

los zambos no solo prosperaron como bogas sino que [...] hicieron del río su musa, ofreciéndole ritmos, melodías y más tarde canciones que, con el tiempo se volverían la banda sonora de una nueva tierra. Esa fue, en parte, la génesis de la cumbia, el latido del corazón de Colombia y su maravilloso regalo del mundo (p. 330).

En la sección La gran república de la Naturaleza se describe la visita a Mompox cruzado con una evocación de la visita de Humboldt a dicha ciudad colonial. El recorrido es histórico destacando las transformaciones ambientales que sufrió Mompox en contraste con otras ciudades coloniales como Cartagena, donde destaca la importancia del Canal del Dique. El diálogo surge con una pareja de Momposinos Enrique e Isabel Cabrales, quienes traen recuerdos de las historias del río, de uno de los barcos a vapor más destacados *David Arango*, y semblanzas de Simón Bolívar quien terminó cautivado por Humboldt y Napoleón Bonaparte en su viaje por Europa. La sección cierra con el consabido elogio de la presencia de Humboldt en el suelo colombiano y su premonición del efecto devastador del colonialismo, y su admiración por la naturaleza que en nuestro territorio se convertía en la “república”.

“El General en su Laberinto” es una remembranza de la obra del premio nobel colombiano, Gabriel García Márquez, relacionada con la vida y tarea libertadora de Simón Bolívar. Su remembranza se sustenta en episodios de su trayectoria vinculada con la protección de la naturaleza, en especial la salvaguarda de los recursos naturales, las vías fluviales y los bosques. El recorrido breve del libertador, hasta sus últimos días, es convergente con la del nobel García Márquez y que en palabras de Enrique Cabrales ambos compartieron una visión desesperanzadora: “un mundo y un río tan degradados que alcanzaron un estado irreconocible. Dos hombres de distintos siglos compartiendo los mismos recuerdos, ambos atrapados en el engranaje del tiempo” (p. 421).

En la sección de cierre, “Geografía de la Esperanza” el autor retoma algunas obras de García Márquez como *Vivir para contarla*, *El amor en los tiempos del cólera*, y *el General en su laberinto* para explorar temas existenciales como el amor, la memoria, el olvido, la violencia, la esperanza, el progreso y la frustración, la vida y la muerte, y donde el río aparece como uno de los trasfondos inspiradores. El pesimismo del nobel, sin embargo, no debe tomarse tan literalmente ya que como lo dice el autor, el río Magdalena sigue siendo un “libro abierto, con incontables páginas y capítulos aún por escribir” (p. 428). La sección termina con un diálogo sostenido con Ahmed Gutiérrez y Armando Martínez, pescadores y navegantes de la Ciénaga Grande de Santa Marta, quienes relatan historias de un pasado tranquilo casi romántico a uno de violencia y presencia de grupos paramilitares que dejaban a la población ribereña en zozobra. El epílogo del libro (p. 440-444) describe un diálogo desde el cerro de Monserrate en Bogotá entre el autor y Xandra, acompañante de correrías, sobre lo que significa el río Magdalena en su sentido espiritual cristiano y religioso. *Magdala* significa, en arameo, “torre” o “fortaleza”, dice el autor. Xandra cierra el libro con un ejercicio de conversión: si al tomar

los principios religiosos actuales de lo que representa María Magdalena como “amor, lealtad y gracia” (p. 444), se pregunta ¿no sería posible hacerlos extensivos hacia el río?. Quizás las cosas empiecen a cambiar.

Las dos últimas secciones del libro son los agradecimientos (p. 445-452) a varias personas y organizaciones como la Fundación Argos por financiar la impresión del libro, y el ensayo bibliográfico (p. 453-471) donde presenta metodológicamente cómo elaboró el trabajo, destacando una conversación sostenida con el expresidente Álvaro Uribe, como alguien “familiarizado” con la problemática ambiental, y que junto al expresidente Santos son presentados como dos grandes líderes que le han aportado a la “paz”. Luego viene un listado de referencias académicas para dar paso a un reporte actualizado del proceso de paz, y de nuevo un listado final de referencias sobre algunos temas comentados.

Como todo viaje, el río presenta múltiples vericuetos que se pueden leer como momentos de tensión, ansiedad, distracción, somnolencia y desviación. Algo así se infiere del texto de Davis. Tanta sofisticación y pretensión arrogante de querer abarcarlo todo diluye el viaje inicial. Conversaciones con personas ilustradas y sus grandes logros está bien, pero también hay pescadores, agricultores, habitantes de poblados vecinos más a allá de los allegados e ilustrados, gente de la orilla —salvo algunas excepciones— que han crecido a lo largo y ancho del río a quienes se les pudo haber dedicado más páginas. O quizás industriales que contaminan las aguas en Bogotá para luego ser vertidas en el Magdalena a la altura de Girardot. Pero bueno, la salvaguarda acostumbrada también la señala el autor: hay mucho todavía por contar.

Al final de la lectura, aparece la pregunta de a quién podría estar dirigido el texto. Escrito por un extranjero nacionalizado colombiano, si es que esto significa algo, estaría dirigido a un amante extranjero de nuestro país que se interesa por esa dialéctica de nuestra historia que va desde ciertos actores de la violencia hasta narraciones de personajes que hacen algo por el río. Pero el drama final, con su mensaje esperanzador al tiempo, de que El Magdalena debe ser salvado de las afectaciones ambientales de los malos manejos de los recursos, y la falta de consciencia ambiental de lo que esto implica, indicaría que el texto deber estar orientado a los políticos, y a realzar el papel de algunas familias adineradas que con el paso de los años pasan de una tradición ganadera a una ambientalista, y de redención ecológica. Un “si se puede” parece ser el corolario.

De hecho, varios entrevistados aparecen en la escena con experiencias loables, pero con ínfulas salvadoras que cautivan la ingenuidad de Davis. Justamente lo que revela el texto es la historia de Colombia a través del río, y la situación dramática ambiental resultante, y algunos cánticos esperanzadores, y no en los actores causantes del drama. El diálogo con personas con cierto poder pareciera indicar que se puede hacer algo con ellos, que se conviertan en voceros y agentes recuperadores del río. Lamentablemente los políticos no leen tanto como deberían, luego el texto se queda para el extranjero visitante, alguien que desee incursionar en este tipo de lecturas o algún académico admirador de la obra de Davis.

Por último, el mal llamado ensayo bibliográfico al final es desafortunado pues combina reseña de libros, con apologías a dos expresidentes, Uribe y Santos, como grandes “adalides” de la Paz, y luego comentarios de textos académicos. Lo único salvable son las referencias para orientar a los interesados en temas diversos que son tratados en el libro. Los demás comentarios apologéticos de esos dos personajes que propiciaron la violencia en el país a través de los falsos positivos no debieron ser siquiera mencionados. Excluyendo entonces el ensayo bibliográfico, para un extranjero este texto puede ser una buena introducción. Para una persona que medianamente ha vivido en este país del Sagrado corazón, alguien que haya vivido a orillas del río o que le guste la lectura, puede ser un recordatorio, o una nota discreta sobre la memoria trágica ambiental que ha sufrido el río Magdalena. Los desarrollos industriales y mineros de quienes contaminan, la desigualdad e inequidad social de quienes se apropian de tierras con fines de ganadería extensiva, el sobre poblamiento de centros urbanos a orillas del río generados por la violencia bipolar y el desplazamiento, el calentamiento global producido por el modelo económico extractivo, la desconexión de la academia con ese tipo de problemas, entre otros asuntos por mencionar, son los grandes ausentes en el libro. El Magdalena no debe ser solamente pensado o añorado; debe ser protegido e intervenido con conocimiento de causa, con indicadores que ilustren que su recuperación va por buen curso; que los contaminadores y causantes respondan por su recuperación; que la legislación y los gobernantes sean consecuentes en que las salidas están allí para ser materializadas. Aunque este no es el propósito del libro de Davis, sí es notoria su omisión. Al fin y al cabo, este libro sobre el río refleja una trayectoria particular, de una elección de cuáles puertos se deben visitar y desde donde se puede apreciar algo del paisaje. El viaje continúa.